



FEBRERO MARZO ABRIL

Los
CHICOS
del calendario

¿PREPARADA PARA VIVIR
EL AÑO MÁS EXCITANTE DE TU VIDA?

Candela Ríos

Los
CHICOS
del calendario

- FEBRERO MARZO ABRIL -

Los
CHICOS
del calendario
Candela Ríos

TITANIA

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay • Venezuela

1.^a edición Octubre 2016

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © 2016 by Candela Ríos
All Rights Reserved
© 2016 by Ediciones Urano, S.A.U.
Aribau, 142, pral. – 08036 Barcelona
www.titania.org
atencion@titania.org

ISBN: 978-84-16715-61-9

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

You can't always get what you want
You can't always get what you want
You can't always get what you want
 But if you try sometimes, yeah
You just might find you get what you need!

Estrofa de *You can't always get what you want*. The Rolling Stones.

Índice

FEBRERO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

MARZO

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

ABRIL

24

25

26

27

28

29

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[LOS CHICOS DEL CALENDARIO](#)

FEBRERO

1

Febrero es el mes más corto del año y el único que tiene personalidad propia. Todos los meses tienen treinta o treinta y un días, excepto febrero. Febrero tiene un número especial de días y, además, es un número mágico, cambiante.

De pequeña tenía una compañera de clase en el colegio que había nacido el veintinueve de febrero y evidentemente todos le tomábamos el pelo con ese tema y nos negábamos a felicitarla por su cumpleaños si el número veintinueve no aparecía en el calendario. Ahora que lo pienso, eso hacía que María fuese especial, la chica más especial de la clase, ¿no? ¿Qué habrá sido de ella? Creo recordar que alguien me dijo que se había ido a vivir al extranjero, aunque no estoy segura. María era especial en febrero, yo era especial todo el año. ¿Cuántas «Candelas» creéis que había en mi colegio? La respuesta es una, yo, solo una.

Supongo que eso significa que yo también tengo personalidad propia, como el mes de febrero. De hecho, estoy convencida de que todas las mujeres tenemos personalidad propia; los hombres, no. Me gustaría creer que sí, mejor dicho, me gustaría poder creérmelo, pero no. Lo que tienen los hombres es un complejo de Peter Pan encima que no los deja evolucionar y miedo a todo lo que les rodea.

Y luego dicen que nosotras somos el sexo débil, ¡¿débil?! Lo que tenemos las mujeres es un serio problema de *marketing* o de relaciones públicas, pero nada más. Básicamente los hombres nos son útiles para llegar a las estanterías más altas cuando no tenemos una escalera a mano y para abrir esos botes de mermelada que seguro que fabrican unos cuantos tipos infames solo para hacernos creer que nos hacen falta. Cualquier escalera puede sustituirlos y

yo estuve en una residencia universitaria en la que una chica de Mallorca me enseñó un truco infalible para abrir estos botes del infierno; basta con darles un golpecito en una esquina y conseguir que entre un poquito de aire, entonces giras la tapa y ¡zas!, bote abierto.

Fin de la historia.

Sigamos con febrero o, mejor, volvamos un poquito atrás y entonces esto tendrá más sentido.

En diciembre mi novio, exnovio, Rubén, me dejó por Instagram. Sí, el muy imbécil colgó una foto de sus maletas roñosas frente a la puerta de mi casa, *mi casa*, con unos *hashtags* horribles en los que me decía, a mí y a todo el mundo que quisiera leerlo, que me dejaba y se iba a hacer surf para encontrarse a sí mismo. Mi mejor amiga, Abril, denominó este incidente como el "Instabye". Y como si esto no fuese ya lo bastante cutre o patético de por sí, que te dejen por Instagram, añadiré que la noche antes el muy cretino se había acostado conmigo y habíamos cenado sus pizzas preferidas (y que a mí nunca me han gustado).

En enero mi vida cambió por completo.

El día que Rubén me dejó por Instagram fui a desahogarme con Abril y, entre *gin-tonic* y *gin-tonic*, solté un discurso sobre los hombres que ha pasado a la historia de Youtube porque mi supuesta mejor amiga, excelente fotógrafa y compañera de trabajo en la revista *Gea* me grabó, sin que yo me diera cuenta, mientras decía que los hombres de este país son la raíz de todos nuestros problemas, y después lo colgó. Los tildé de malos amantes, malos amigos, ineptos y todo lo que se me pasó por la cabeza. Y tengo razón. Aunque, gracias a ese vídeo, descubrí que en realidad tengo agallas para hacer cualquier cosa que me proponga. Cualquiera.

Los chicos del calendario nació hace apenas unas semanas, a principios de este mes de enero, y creo que siempre lo voy a recordar como el mes más intenso de mi vida, aunque el año se presenta tan movidito, que no sé yo...

Ahora tengo que escribir un artículo para explicar qué he hecho durante este mes y después me reuniré con Abril —

al final la perdoné por lo de Youtube— para grabar el vídeo del mes. He pasado de escribir horóscopos y artículos sobre qué perfume debes ponerte para una entrevista de trabajo a estar al frente de un proyecto tan especial y arriesgado como *Los chicos del calendario*. Yo y Salvador, mi jefe... y también el primer chico del calendario, el chico de enero.

Que Internet lo carga el diablo es una de las frases más absurdas y preferidas de mi hermana mayor, y creo que es herencia genética por parte de nuestra madre. Marta se ha resistido tanto como ha podido a sucumbir a las redes sociales, aunque desde hace un mes es un hacha en Instagram e, incluso, ha aprendido a dejarme mensajes en la página web de *Los chicos del calendario*.

Sí, he pasado de ser la mayor pringada del país, la chica a la que dejaron por Instagram, a tener página web propia y compartir mis aventuras con la gente que me lee; aquellos que compartieron el vídeo de mi discurso sobre los hombres hasta hacerlo viral y que, de manera espontánea, dieron con la idea de este proyecto.

Salvador solo la aprovechó para hacerme chantaje emocional y convencerme de que accediera a llevarla a cabo para salvar *Gea*, la revista en la que yo trabajaba hasta ahora.

La verdad es que accedí a crear *Los chicos del calendario* para descubrir quién soy realmente. De pequeña era muy aventurera, ¿cuándo dejé de serlo? Siempre digo que creo en el amor y en la pasión y, sin embargo, mis novios han sido un hombre de horchata tras otro. ¿Cuándo empecé a conformarme? Mi sueño es escribir mi propia historia, y solo he trabajado en una revista escribiendo artículos sobre perfumes, operaciones bikini o el horóscopo. ¿Dónde está Candela? No digo que *Los chicos del calendario* pueda ayudarme a encontrar todas las respuestas, pero tengo que hacer algo; no puedo seguir dejando que las cosas me sucedan sin más.

Es mi vida y tengo que tomar las riendas, dejar de comportarme como un borrego.

En el vídeo del Instabey (que suena mejor y es más corto

que «la peor y más humillante manera en la que Rubén podría haberme dejado plantada») decía que, aunque me recorriera el país de Norte a Sur y de Este a Oeste, jamás encontraría a ningún chico que valiese la pena.

¿Y qué hizo san Internet? ¿Qué hace la gente cuando ve a una chica medio borracha hablando de sus penas? Pues le contesta y le sugiere que haga precisamente eso, que se recorra el país en busca de ese chico inexistente.

Un chico estupendo.

Un chico de calendario.

La cuestión es que, tanto si ese chico existe como si no, y yo insisto en que no, no importa. Lo que importa es luchar por tus sueños y buscar, lo que sea, pero buscar. El día que dejas de buscar te conviertes en una chica a la que un imbécil deja por Instagram.

El chico de enero fue Salvador. Se suponía que él iba a negarse... yo le exigí que fuese él después de leer que varias personas lo habían sugerido en la sección de comentarios del vídeo de Youtube y porque estaba convencida de que se negaría y así podríamos olvidarnos del tema que, de entrada, me parecía una locura de la que no me veía capaz, pero no lo hizo. Por suerte.

Aprieto el lápiz tan fuerte que lo oigo crujir; mejor será que deje de pensar en Salvador o acabaré con astillas clavadas en los dedos. Las que tengo clavadas en otra parte seguiré ignorándolas como he hecho estos últimos días, con mucho éxito por cierto.

Sí, muchísimo éxito.

Hace unos días terminé el artículo; fue terapéutico y me sirvió para convencerme aún más de que no hay ni un tío que valga la pena y para tener más ganas de las que ya tenía de seguir adelante.

El chico de febrero, el del mes más especial del año, es Jorge Agreste. He hablado un par de veces con él durante los últimos días y, aunque sin duda es muy pronto para decirlo, intuyo que nos llevaremos bien; su reticencia a aceptar ser un chico del calendario me ha recordado a mí misma hace unas semanas. A ver cuánto tardo en descubrir su la-

do oscuro, porque está claro que lo tiene.

Jorge vive en Granada, así que allí es donde pasaré los próximos días. Vanesa me ha ayudado mucho a ultimar todos los detalles sobre mi viaje y mi estancia en la ciudad. Ella es mi lazo de unión con Olimpo y Gea mientras estoy fuera de Barcelona. Antes de que surgiera el proyecto de *Los chicos del calendario* no la conocía, aunque tanto ella como yo llevamos años trabajando aquí; en cambio ahora me escribo o hablo con ella casi a diario. Nos llevamos bien, es estupenda y guapísima. A estas alturas yo ya tendría que estar acostumbrada a tener compañeras de trabajo que me hacen sentir como si fuese un hobbit de *El señor de los anillos* o, peor aún, un personaje entrañable de *La guerra de las galaxias* (Abril es impresionante), pero no lo estoy. Y tampoco consigo odiarlas; si fuesen malas y estúpidas, a mi ego le iría todo mucho mejor. En Olimpo también hay mujeres horribles, tanto por dentro como por fuera, claro, mi exjefa es un ejemplo de ello. Es tan perversa y nuestro odio es tan mutuo que nunca he entendido que no saliesen rayos y truenos a nuestro alrededor cuando hablábamos. Por suerte para mí, ahora estoy en otra planta, en la sexta, para ser exactos, y mi mesa está en el despacho de Salvador...

Y Salvador está en Canadá.

«Deja de pensar en él. Has prometido que no ibas a nombrarlo nunca más».

—Y no lo he nombrado. Solo he pensado su nombre un segundo —me defiendo delante de mi gato blanco de la suerte. Me lo regalaron en un restaurante chino y me imagino que por eso tiene una manera tan particular de «darme buena suerte».

Le doy un golpe a la patita y la observo mientras sube y baja. Creía que no era supersticiosa, pero he sido incapaz de deshacerme de este gato. Ahora me resultaría muy difícil imaginarme mi mesa sin él encima. El número de teléfono de Salvador sigue apuntado en la base; lo escribió él mismo hace unas semanas y después hizo lo mismo en el calendario de mi cocina. Al parecer cree que tengo menos

memoria Dory o que no he sido capaz de guardármelo en el móvil.

En una de las últimas reuniones con Jan y Sofía, en las que Vanesa también estaba presente, hemos decidido que llegaré a Granada el uno de febrero a pesar de que es el mes más corto y que el chico de enero ya no está, pero así nos ajustamos al calendario y yo tengo más tiempo para olvidarme de Enero. Claro.

Y todavía tengo que grabar el vídeo.

También hemos discutido la posibilidad de que Salvador no participe oficialmente en el concurso, pero él ha sido el chico de enero, ha cumplido con las reglas (más o menos) y el dinero no sería para él ni para la revista, sino que iría destinado a la entidad que él elija y que, hasta donde yo sé, no ha elegido aún, y eso que me hubiese ido bien para incluirla en el artículo...

Alguien llama a la puerta.

—Adelante.

Dejo de mirar el gato y dirijo la atención al recién llegado.

—Es muy tarde —dice Sergio, él ya lleva el abrigo y la tira de la bolsa cruzada por el pecho—, ¿tienes intención de irte a casa o vas a quedarte aquí pensativa toda la noche?

—Voy a irme a casa —parpadeo y compruebo efectivamente que ha oscurecido—, y no estaba pensativa. Estaba trabajando.

Trabajando mi falta de concentración y mi tendencia a dar mil y una vueltas al mismo tema.

—Vamos, te espero, así bajamos juntos. Sufro por ti; la señora de recepción del turno de noche me da miedo.

Sonríó; Sergio está intentando animarme. Es imposible que nadie tema a Encarna, a no ser que tenga miedo de morir aplastado por uno de sus abrazos.

Encarna es una mujer altísima; cuando la vi por primera vez pensé en las jugadoras de baloncesto norteamericanas, y siempre va vestida con colores estridentes. Es abuela, fue madre muy joven, y por eso pidió ocuparse del turno de noche, para poder ayudar a su hija con sus nietas durante